

# La diagonal del sabio<sup>1</sup>

Régis Debray<sup>2</sup>

## 1

Más que practicar una extracción de órgano, un corte anatómico en esta “filosofía actuante”, en este organismo sin cesar creciente, multipolar y polivalente, me hubiera gustado poder entregarme acá a una investigación fisiológica: ¿cómo funciona este *corpus* proteiforme? ¿Cuál es su principio de regulación? ¿Su ley de composición? ¿Sobre qué lance corre su autor, en todo sentido si se lo quiere pero siempre en un cierto sentido y de una cierta manera? Me hubiera gustado poder examinar el núcleo organizador de esta bulímica, irradiante y tentacular arborescencia. Sorprender el corazón secreto de esta proliferación enciclopédica... Para alcanzar el nivel meta-Dagognet, quizá sería necesario ser uno mismo un sobre-Dagognet y poseer una ciencia sobre-enciclopédica. Sería necesario por lo menos saber algo de ciencias biomédicas, luego de ciencias físico-químicas, y finalmente de ciencias ético-jurídicas, para retomar el camino cronológico de nuestro Maestro o al menos de su obra siempre en movimiento. La tarea es imposible. En lo que me concierne, es onírica. Debo pues contentarme con leer, uno por uno, sus obras que me sumergen por su originalidad y su densidad de información. Son simples impresiones de lector las que aquí entregaré, sin colorete ni elaboración. No ocultaré que la primera sensación de un lector medianamente instruido en filosofía es la de extrañeza. El lector es aclarado y desorientado a la vez por esta obra; aclarado por el trozo, desorientado por el conjunto. Cada libro precisa luminosamente sobre una cuestión ardua (el cuerpo, la escritura, el museo, la piel, etc.) en una lengua admirablemente clara que despliega lo complicado y al hacerlo nos simplifica la vida. Pero toda esa iluminación después nos hace dar vueltas la cabeza. Cada obra nos permite escalar muy ágilmente una cara norte de la modernidad multiplicando las conexiones bajo nuestros pies; pero la variedad de las caminatas nos desconcierta.

<sup>1</sup> Régis Debray, La diagonal del sabio. En: Robert Damien (dir.). *François Dagognet médecin épistémologue philosophe. Une philosophie à l'oeuvre*. Le Plessis-Robinson: Institut Synthélabo pour le progress de la connaissance, 1998, pp. 27-32. Traducción del francés al español de Luis Alfonso Paláu c. Medellín, febrero 14 de 2003.

<sup>2</sup> Agregado de Filosofía, doctor, ha publicado *Transmitir* (Odile Jacob) y *Loados sean nuestros señores* (Gallimard). Su principal objetivo intelectual es echar por tierra los tabiques que separan los mundos técnico y simbólico. Esta empresa lleva el nombre de “mediología”.

Encerrados como estamos en los signos ¿habremos desaprendido el mundo y sus objetos más familiares hasta el punto que reencontrarlos sin estructura bajo nuestros ojos nos extravía como en una excursión exótica? ¿Habremos olvidado el eclecticismo de los intereses cartesianos y el nomadismo de un Bergson que iba de la física a la biología pasando por la estética y la religión? El pensamiento clásico, a donde se iba por saltos y gambetas era infinitamente más barroco que nuestros armarios universitarios...

## 2

Y ante todo ¿dónde situar a este diablo de hombre? ¿De dónde sale? ¿De qué cruce? Ha surgido en la encrucijada de la máquina y de la vida. De la medicina y de la técnica. Como su maestro Canguilhem. No mezcla los géneros, los confronta. Rechazo de una biología de tipo mecanicista. Rechazo de un fisicalismo regresivo (nada de regreso a las cosas mismas, avance hacia el objeto). Se da vuelta hacia la naturaleza, sin vitalismo, sin exaltar una *natura naturans* metafísica. Se gira hacia las técnicas, sin tecnicismo, sin creer en el *Deus in machina*. Exploración de las biotecnologías que reconcilian los órdenes o los compenentran. Desde sus primeras obras, Dagognet avanza hacia un monismo feliz, no belicoso, pero escudriñador y exigente. Quiere reconciliar las fuerzas y las formas, las realidades sensibles y las combinatorias, la ebriedad de las cosas y la precisión de los alfabetos. Se comprende su amor por Junger y las “cazas sutiles” del entomólogo. El abecedario del mundo les es un programa común. Este sistemático abierto a todas las fiestas de la exploración quiere también reconciliar a Linneo con Goethe. Este proyecto intelectual, esta contradicción sin cesar reenviada –integrar la exuberancia romántica y nocturna del mundo en una taxonomía solar y sin rebabas– tal sería la apuesta de partida. Me parece exitoso de hecho; a tal punto que se puede echar de menos que no lo haya tematizado en una epistemología prescriptiva, un discurso del método bien propio, apto para viajar y para convencer a lo lejos (a todos los que no tienen su bagaje). François Dagognet es demasiado modesto. Le tocará a sus alumnos ser ambiciosos por dos.

## 3

La unidad interna de esta totalidad en efervescencia quizá haya que buscarla más allá o más acá de los conceptos, en un cierto humor o en un cierto tono. Los del optimismo. Es la vena Diderot, si se quiere (pero un Diderot aquí sin periodismo ni literatura, filósofo de tiempo completo y de forma íntegra). Se reencuentra el mismo *molto vivace*, el mismo apetito de descubrimientos, la misma alegría en el ataque de las complejidades, la vuelta y revuelta que

dobra un recodo, el resumen/escorzo que ilumina. Un lirismo transferido de la naturaleza a los aparatos. Aquí también se visita las manufacturas y los talleres, las galerías y los laboratorios. Aquí también se está contento porque “la desdicha de todo filósofo se debe a que ha sido cortado del mundo, de sus cambios, de sus producciones”. Pero el optimismo no es una simple salutación a la profusión productiva, un homenaje a la abundancia, un desbordamiento sin límites de las riquezas materiales y materistas. Es evidentemente menos poético y más trapacero, sin admiración fenoménica. Lo que este optimista admira y nos hace admirar, a cada instante, es la facultad que tiene la materia de colaborar dinámicamente en su propio conocimiento, por donde la celebración de los materiales y de las sustancias escapa a toda bobería, a toda pasividad. Lo real es disperso, volátil, ilimitado pero puede diferenciarse, clasificarse, ordenarse. Lo inagotable es reductible por traducción. No está para recibir, está para dominarlo (pero inventariar es ya adueñarse). De acá la valorización de los montajes técnicos. Por esto el minucioso elogio de los captosres, convertidores, codificadores y descodificadores, registradores, trazadores y numerizadores. Todo lo que transcribe transforma; todo lo que transforma libera. La conversión informacional de los fenómenos equivale casi a una promoción ontológica. Por esto escritura e iconografía no son descriptivas sino inventivas; siempre hay más información en la gráfica que en la cosa misma, el mapa es más nutritivo que el territorio. La exaltación ante la multitud que excita pero que sumerge se convierte en la miniaturización que salva contratando. Toda esta filosofía, exuberante en lo posible, desemboca en un elogio de lo menos. Se comenzaba por un bazar: Dagognet encajero. Se termina en un diagrama: Dagognet asceta. De lo heteróclito al ordenamiento químico, el trabajo opera en continuo; no hay necesidad de abstraerse del *cafarnaum* para reencontrar, sin quebrarlo, sus conformaciones internas.

#### 4

¿De dónde viene entonces el sentimiento de choque que deja al lector cuasi-*groggy*? ¿De dónde viene la impresión que este hombre perturba, que este pensamiento exacto y barroco no encuentra su sitio en la casa común? Por esto sus libros prescriben a los lectores abandonar la casa de los libros y tomar el camino. Ir a buscar información afuera, en las márgenes, en las naves laterales del Logos. La lectura de Dagognet suena a “lo agitado del bocal” como una bocanada de oxígeno a contra-tiempo. No estábamos acostumbrados a esto. Aunque sea insensible al que se dirá, el aficionado queda apresado en un campo de fuerzas, institucionales y epistemológicas, que recorren el mapa de lo que hay que pensar, jerarquizando los dominios o las prioridades intelectuales de una generación. François Dagognet no ha pensado como su generación, la

estructura, el significante, el modelo formal. Ha tomado en serio las técnicas, saltándose las prohibiciones logocráticas de la época. Es un cambio de terreno, una inversión de los horizontes a la cual nada nos preparaba. Ni la actualidad, ni la propia tradición desde hace más de un siglo. Cuando no había profesores de filosofía, los filósofos eran médicos, físicos, escritores, navegantes, ópticos, soldados, mercaderes. Et caetera. No hacían historia de la filosofía. Ni comentarios de textos. Ni interpretaciones de interpretaciones. Intentaban comprender el mundo, en directo, con los medios de cada cual. A la filosofía le hacían, si me atrevo a decirlo, hijos en la espalda (esos son los más fuertes). Dagognet es de este linaje. En el fondo, este gran profesor, este mandarín que ha asumido en el seno de la universidad francesa el poder siempre peligroso de recibir, nombra y promover (y por tanto de suspender en el examen, excluir o frenar) de ninguna manera pertenece a la República de los profesores. Es un alógeno, un inmigrante de fresca data, que entró en el santuario por la puerta pequeña –la medicina– como todos los grandes primogénitos. El santuario filosófico tiene por actividad esencial la historia de la filosofía. Allí se cogita el cogito, allí se piensa el pensamiento de los otros: entreglosa, exégesis, hermenéutica. Allí se asegura un paso controlado de los textos (sagrados) a otros textos (profanos), pasando por los semi-consagrados (los semiclásicos que son los intérpretes recientemente fallecidos). ¿Qué pensar ahora de un hombre que viene a hablarnos, no de problemas debidamente repertoriados, no de grandes cuestiones axiológicas o de sentimientos patéticos, sino de cosas y de objetos que encontramos en la calle o en la cocina? ¿De un pensador que se pone a pensar la madera, el hilo, las sales, los polímeros, la piel, la pez, los vidrios y los vasos, las sillas y las mesas, las colas y las consolas, las cajas y paneles? Todavía la filosofía tiene sus nobles objetos, antiguamente acreditados, como el reloj, la lámpara o el candil, las lentes. ¿Pero se podrá tomar en serio, universitaria y periódicamente hablando, la raedera, el botón, el anillo, la grapa? Estos pobres utensilios podían interesar a un poeta como Francis Ponge. ¿Pero a un científico, a un reflexivo? Es claro que Dagognet no es de la boutique. Jugar la superficie contra la profundidad, las morfologías contra la ontología y los relieves topográficos contra los juegos de lenguaje, es evidentemente excluirse del campo, como se dice. Los aliados están lejos –Valéry está muerto– y los puntos de apoyo en la otra orilla: Dubuffet, Vasarely, Tapiès, Viallat, Ubac o Fautrier. Los artistas no son autoridad en el campo de los conceptos. Dagognet es un revolucionario. Ha tomado por la tangente. Atraviesa todos los campos del saber y de la creación en diagonal, para volver a coser, de otra manera, el abrigo de Arlequín donde cada pieza se comprende por su vecina. Revolución copernicana al revés. La “gran filosofía” gira en torno al sujeto, él le opone una objetología. Ella inspecciona sus orígenes y su pasado; él asecha, acoge y analiza de nuevo. Ella cultiva la generalidad, incluso las sublimidades; él cultiva el objeto mínimo, el desecho, lo trivial (y prefiere el examen de casos jurídicos a la ética). Ella sondea sin descanso la in-

terioridad; él navega alegremente en la exterioridad natural y maquinica. Pues este naturalista asume hasta el fondo el universo industrial, y este ferviente de las materias plásticas compone un himno filosófico a las maderas de nuestros bosques. ¿Habrá que perder su latín? Sí y mucho mejor. Digamos más bien que es reencontrar un Continente perdido: la filosofía como lengua viva. Amplio programa. Para François Dagognet, a quien el tiempo presente no le ha concedido su verdadero lugar, el porvenir le durará largo rato.